El doctor Olivier se acercó á la cabecera, tomó el pulso á mi padre, que reposaba entónces muy natural, con la cabeza en medio de la almohada. Ya he dicho que el color arrebatado de su semblante se iba apagando poco á poco desde hacia algun tiempo. Bien pronto no quedó ya de él ningun rastro. Tenia ahora un semblante como de mármol, con los ojos cerrados y la boca entreabierta: todo ésto indicaba la calma de la completa postracion. El doctor consultó el pulso con atencion extraordinaria, fija la mirada sobre el segundero de su reloj. Yo trataba de leer en su fisonomía la impresion que le iba produciendo. Cuando dejó el brazo, bajó la cabeza, y el señor cura hizo una seña al sacristan, que abrió en seguida la caja que contenia el óleo consagrado.

Ví entónces á mi hermana mayor, que sostenia á la más jóven para impedir que cayese para atrás; y todo aquel flujo de repentina esperanza que me habia invadido el corazon, desapareció de repente dejándome en él un profundo vacío.

Mas bien puedo decir que yo era allí el único que experimentaba aquel sentimiento de rebeldía y de descorazonamiento. Cárlos daba gracias con una resignacion que me parecia desnaturalizada. Hasta mi hermana menor, en la que sólo el cuerpo estaba desfallecido, tenia como una especie de alegría en sus lágrimas. Y mamá, ¡oh, nuestra admirable madre, que amaba tan ardientemente su humilde dicha! ¡nuestra madre, nuestro corazon y nuestro aliento! allí estaba entre su marido moribundo, amor de su juventud y de su ancianidad y padre de sus hijos amadísimos, y su Dios vivo, su Dios vencedor, pero coronado de tormentos y de misericordias. No murraba, no, yo lo aseguro; y aseguro que bendecia á Dios en medio de sus sollozos, esclarecidos por una sublime sonrisa.



Hay tambien una especie de embriaguez en la fé. ¿Y cómo la primera entre todas las fuerzas del espíritu no habia de tener sus trasportes? ¡La fé; la virtud matriz que contiene en sí la excelencia de las otras dos virtudes teologales, la esperanza y el amor! ¿Es posible creer sin esperar, y esperar sin amar con una adoracion infinita?

---

¡Oh, Jesus, Dios mio! ¡Oh, divino Jesus de mi madre! ¡Jesus, Criador, Señor, bienhechor y libertador! Vos que os mostrais en todo el atractivo de vuestra clemencia á los sencillos y á los débiles, ¿por qué no derramais un rayo de vuestra bondad en el seno de esas nobles y hermosas inteligencias ofuscadas que se apartan de vos? Vos sois quien las ha criado, ¡oh, Dios autor de todas las cosas! y la guerra insensata que os promueven es hija de ese peligroso don de poder que habeis puesto en ellas. El orgullo que extravió al ángel rebelde es el que las suscita contra vos. Señor, yo os pido para esos grandes talentos, algunos de los cuales son al mismo tiempo tan generosos corazones, un poco, una gota, Dios mio, un átomo de aquella preciosa fé que resplandecia en las miradas de mi madre

Bien sé yo, ¡oh, Jesus mio! que os mostrais á todos Señor clemente; que hoy, como en los primeros dias, vais llevando la luz que el mundo no quiere ver, y solicitais en balde hospitalidad en vuestra misma casa... Ha-

ced más todavía... ¡por vuestra Santa Cruz levantada sobre el Calvario para la salud de todos los hombres! Abrid las puertas cerradas y apoderáos con violencia siquiera de aquellos que os aman creyendo aborreceros, puesto que escuchan la voz de la desgracia, puesto que aun en medio de sectarios rencorosos que lo ultrajan todo, hasta la limosna, hacen limosnas. y algunos de ellos de todo corazon.

Yo los conozco... ¡oh, Dios mio! Ya sabeis de quién hablo. Vos me habeis hecho prisionero de vuestras saludables iras: á mí, que no tenía disculpa; á mí que os habia huido, á pesar de las piadosas enseñanzas de la cuna; á pesar de la memoria de mi padre, de mi madre y de mi hermano; á pesar del perfume de incienso y de fervor, de lágrimas y de flores que mi primera comunion mantenia en mi recuerdo. Vos me habeis herido, Jesus mio, en el colmo de mi próspera fortuna, cuando yo me creia fuerte contra vos; vuestra mano ¡ah, bendita sea! ha quebrado mis esperanzas terrenales, humillado mi orgullo y destruido todo el edificio que yo habia levantado sobre arena; yo he visto á mis hijos pobres, y á mi familia dispersa; mi fama ha muerto aun en vida; mis amigos han llevado sonriendo el luto por mi honor... ¡Oh, Jesus, Jesus mio, dulzura infinita, piedad sin límites, vos me habeis llenado de este beneficio inestimable de la fé! Héme doblegado sin murmurar bajo el peso de vuestra mano, he besado la tierra á los piés de vuestra cólera, me he arrastrado de rodillas, me he abatido y he clamado de lo más hondo de mi miseria aceptada: "¡Hágase, Señor, vuestra voluntad, así en la tierra como en el cielo!"

Y vedme aquí refugiado dentro de mi alma, donde vos



estais, donde vos habeis hecho tan grandes cosas, tantas maravillas; dentro de mi alma, vuestra esclava, que llora con la alegría de los consolados. Vuestra mirada ha descendido hasta mi resignacion. Vuestra misericordia está sobre mí y sobre mi casa, porque vivimos en vuestro temor santo. ¡Señor, Señor! Vos habeis levantado á vuestros hijos á salvo de las injurias de la muerte; los hombres no pueden nada contra su dicha, que está en Vos, ni contra su gloria, que consiste en anonadarse en vuestra gloria. Yo os alabo, ¡oh, Rey del amor eterno! Yo os bendigo, ¡oh, Dios de las milagrosas clemencias! Yo os adoro, ¡oh, Santísimo Padre de la majestad infinita! ¡Yo tengo fé! ¡Santo, Santo, Santo! ¡Vos me habeis dado la fé! ¡Seais glorificado por encima de los cielos!

Y prosternado en mi gratitud, cuya intensidad no puede expresar palabra alguna, extiendo hácia el Sacramento de vuestros altares las manos llenas de vuestros beneficios, para daros gracias ante todo ¡oh, Dios omnipotente! y despues para suplicaros... Tened piedad, ¡oh, Jesus! de aquellos á quien amo y á quien admiro. Yo estaba con ellos ayer... ¡que estén ellos conmigo mañana! Iluminad su ignorante sabiduría; poned un grano de vuestra divina locura en el orgullo de su razon; curad con el reposo de vuestra sencillez la fatiga de su inteligencia enferma. ¡Jesus vencedor! entrad en ellos; pero, si es posible, no los hirais como á mí me habeis herido; porque al golpe de vuestra cólera es lo cierto que me he bamboleado al borde de la desesperacion. Vos lo sabeis, Dios mio: yo he llegado á ver muy de cerca el horror del abismo abierto.

Y no todos tienen detrás de sí esa mano bendita de los

recuerdos que me sujetó suspendido sobre el borde del precipicio.

Mi conversion fué, como todo lo que aquí abajo sucede, obra bondadosa de Dios, que habia comenzado á prepararla en el lecho de agonía de mi padre muchos años ántes de mi caida; y en la hora terrible en que yo pedia misericordia en el supremo esfuerzo de mi conciencia, allí estaba mi padre, y mi madre tambien estaba allí. Y todos los muertos que me eran queridos me rodeaban...

## VII

### LA EXTREMA-UNCION Y EL VIATICO

JUAN se detuvo aquí para decirme:

—Ya son las doce de la noche: si estás cansado, continuaremos otro dia; pero te prevengo que no acortaré la relacion, porque ésta es la hora más grande de mi vida.

—Te escucho, le respondí, continúa.

—¿Te interesa?

—Sí.

—Lo escribirás.

—No; por ahora no.

—Así me gusta, me dijo apretándome la mano. ¿No me lo habias ya prometido? Para tocar á estas cosas no basta tener talento, ni aun siquiera tener respeto: es necesario tener fé.

Y continuó en seguida:

—El Sr. Jamond, despues de haber concluido las oraciones y hecho las genuflexiones ante el Santísimo Sacramento, tomó la primera bolita de algodon y la mojó en el óleo consagrado para empezar las unciones. En medio del quebrantamiento doloroso de todo mi sér sentia